

INDUSTRIALES: el rugido que no se apaga

TEXTO Y FOTO: BORIS LUIS CABRERA

Hay derrotas que no terminan cuando cae el último out, se quedan suspendidas en el aire como una pelota elevada que nadie logra atrapar del todo. La caída de **Industriales** en la semifinal de la 64 Serie Nacional ante los Cocodrilos de Matanzas fue una de esas. Noticia vieja para muchos; herida reciente para otros, para mí, silencio obligado.

No estaba en el país, cumplía otras tareas, otros compromisos, pero seguí cada juego desde la distancia, como quien espía por la rendija de una puerta que no puede abrir. Vi los marcadores encenderse en la pantalla fría de un teléfono, escuché narraciones entrecortadas por la señal inestable e imaginé el rugido del Latinoamericano sin poder respirarlo.

No pude cronocar la derrota, tampoco la victoria de los yumurinos, que a la postre levantaron su segunda corona con el nombre de Matanzas cosido en el pecho. Ese aplauso, justo y merecido, me encontró lejos, con la libreta cerrada. Y, aunque nunca me han gustado los comentarios tardíos —porque el periodismo tiene algo de pan caliente y de urgencia—, llevaba esta crónica clavada en el alma como un puñal discreto.

Había que escribirla, no por obligación profesional, sino por lealtad emocional. Industriales perdió, duele escribirlo así; sin metáforas que suavicen el golpe. Perdió el pase a la final, la oportunidad de acortar una sequía que supera los tres lustros. Perdió, sobre todo, la posibilidad de ver a su gente celebrando en el Malecón

con esa mezcla de orgullo y desahogo que solo conoce la capital cuando su equipo levanta la corona.

Pero reducir esta historia a un resultado sería traicionar su dimensión humana. Imaginé la banca en silencio después del último juego, las taquillas abiertas como bocas mudas, un uniforme azul doblado con cuidado —todavía húmedo de sudor y esperanza— y me vino esa imagen de un guante guardado en el fondo del bulto, como si necesitara oscuridad para curar la derrota.

Hay peloteros que regresan a casa con la mirada baja, pero con los hijos esperándolos en la puerta; otros que se sientan en la sala y repiten mentalmente el turno al bate que pudo cambiarlo todo; alguno que no duerme, repasando lanzamientos como si el insomnio fuera una sesión extra de entrenamiento.

El béisbol, a este nivel, no es solo espectáculo: es familia, sacrificio, es la madre que reza en silencio en el Cerro, el padre que escucha el juego por radio en un balcón de Centro Habana, la novia que aprende a medir el amor en entradas completas. Cada derrota colectiva es también un pequeño derrumbe íntimo.

Y sin embargo, hay algo en Industriales que no se rinde del todo. Quizá porque su historia pesa, porque es el equipo más seguido —y también el más odiado, en el sentido más deportivo de la palabra— del país. Un torneo sin los Leones perdería parte de su épica, como una novela sin antagonista o un estadio sin gradas.

Esta vez no hubo final azul, pero hubo carácter, jóvenes que crecieron a golpes de



presión, veteranos que asumieron la responsabilidad sin esconderse. Hubo, incluso en la caída, señales de continuidad: la clasificación a la venidera Liga Élite, que garantiza que este equipo seguirá en el centro del diamante nacional, respirando béisbol, puliendo talentos y alimentando sueños.

Porque el futuro también se construye en las derrotas, aunque la fanática este harta de escuchar esas palabras. Algunos de estos muchachos vestirán pronto el uniforme de las cuatro letras gloriosas: CUBA. Y debajo de ese rojo intenso, debajo del blanco impoluto, seguirá latiendo el azul. Ese azul que no se ve, pero que acompaña, que se formó en entrenamientos bajo el sol del Latino, en tardes tensas de playoff, en victorias sufridas y en derrotas que enseñan.

No escribí a tiempo sobre la caída. Tampoco celebré en papel la consagración de Matanzas, mi tierra de nacimiento, que merece su página aparte y su homenaje sin interferencias. Esa historia la contaré después, con la serenidad que exige el reconocimiento justo.

Hoy escribo para los Leones, para el

lanzador que miró al cielo antes de entregar la pelota, para el inicialista que se quedó unos segundos más en el terreno, como si quisiera memorizar el olor del césped. Escribo para el director que enfrentó preguntas incómodas con la dignidad del que sabe que el béisbol no siempre recompensa el esfuerzo inmediato y para la afición que soñó con romper la sequía y terminó aplaudiendo, aun con el corazón hecho astillas. Hay derrotas que son estaciones de paso y esta puede ser una de ellas. Cierro los ojos y veo una escena final, como en un guion cinematográfico: el estadio vacío, la tarde cayendo, el terreno en penumbra. En el centro, casi imperceptible, un rugido que no es sonido sino promesa, un rugido que seguirá esperando su momento para estremecer toda La Habana.

Industriales cayó, pero los Leones no se extinguen por una semifinal perdida. Se repliegan, aprenden, afianzan la melena, y cuando vuelvan —porque siempre vuelven—, el país entero, incluso quienes desean su derrota, sabrá que el béisbol cubano recupera una parte esencial de su leyenda. Nos vemos en el estadio.

Felicitación motivadora



POR: JUAN CARLOS TEUMA DÍAZ

Las recientes felicitaciones que le transmitió el presidente de la FIFA, Gianni Infantino, al equipo de La Habana por su triunfo en la 108 Liga Nacional de Fútbol constituye un premio más al desempeño de la joven escuadra capitalina.

El máximo dirigente del fútbol mundial hizo llegar sus parabienes al conjunto giralddillo por medio de una carta

dirigida a Oliet Rodríguez Méndez, presidente de la Asociación de Fútbol de Cuba (AFC).

En la misiva, con fecha del pasado 16 de febrero, Infantino elogió el esfuerzo de los jugadores en aras de alcanzar el excelente resultado que posibilitó un triunfo esperado por casi un cuarto de siglo, cuando el experimentado director técnico Francisco Fariñas llevó a sus pupilos al trono en la temporada 2000-2001.

Ahora, 24 años después, el éxito llegó a través de la

certera dirección de Lázaro Rodríguez quien, junto a sus muchachos, no dejó dudas de la calidad del equipo, pues se impusieron en el mes de julio en el Torneo Apertura y repitieron el alegrón en diciembre último, cuando se ciñeron la corona nacional en la final del Torneo Clausura tras vencer, nada más y nada menos, que a la poderosa selección de Santiago de Cuba, con cerrado marcador de 2 goles por 1.

CARTA DEL PRESIDENTE DE LA FIFA

Sr. Oliet Rodríguez

Presidente

Asociación de Fútbol de Cuba

Zúrich, 16 de febrero de 2026

Felicitaciones al FC La Habana

Estimado Presidente:

¡Me gustaría aprovechar esta oportunidad para felicitar a los nuevos campeones de Cuba, el FC La Habana!

Sus incansables esfuerzos y resultados a lo largo de la temporada han dado sus frutos y les han permitido ganar este importante título. Enhorabuena a todos los miembros del equipo y del club por este gran logro.

A la vez que le agradezco a usted y a su Asociación su continuo apoyo, su trabajo y su dedicación al desarrollo del fútbol en su país, espero, estimado Presidente, volver a verle pronto.

Atentamente, Gianni Infantino